



Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno

VIERNES SANTO

Jaime Campmany Díez de Revenga

Cuando ustedes echen la mirada por estos renglones por ver si encuentran en ellos algo en qué enredarla o entretenerla durante unos minutos, y ojalá que así sea, un servidor andará metido por la mañana murciana del Viernes Santo. Yo he intentado muchas veces contar la mañana murciana del Viernes Santo y siempre me he dejado la mejor de ellas, el misterio y el prodigio que la hacen inigualable y única, maravillosa e impar, ocultos bajo la corteza dura de las palabras. Esto de no saber, de no poder decir, en palabras, sentimientos e impresiones es una tragedia diaria del escritor, que, como ningún otro ser, se encuentra de pronto impotente y mudo, atónito y sin lengua.

Para mí, la mañana empieza antes aun de que el sol la inaugure. Es todavía noche cerrada cuando en la vieja casa de los abuelos se inicia el ritual de la vestidura. Desde el trenzado de las cintas de las zapatillas de raso blanco a la caída de las chorreras de encaje antiguo que bajan del cuello como una catarata de espuma, todo es una ceremonia lenta que requiere tiempo y sabiduría. El vuelo de la túnica morada, que es amplio y airoso, queda recogido atrás, semioculto bajo la cola del capuz: Caen las ínfulas de seda sobre los hombros a un lado y otro de la pajarita blanca. Cae el rosario grande, de nácar, hasta más bajo de la rodilla, sujeto al cordón que simboliza las ataduras del Jesús flagelado. El inevitable barroquismo del sudeste ha ido añadiendo ringorrangos y perifollos a la pobre túnica del Nazareno. Los mayordomos llevan guantes de cabritilla y cetro de plata, y cuello almidonado, botonaduras de piedras en la camisa blanca. Los nazarenos que llevan los “pasos” a hombros llegan de la huerta verdes que rodean la ciudad con su morenez árabe. Llevan la túnica corta, no más debajo de la rodilla, y ese adía se calzan unas medias gruesas, de punto complicado, que por aquí llaman de “repizco”, porque parece que la malla hubiese sido hecha dando pellizcos al tresbolillo.

La túnica ceñida con el cordón, deja un amplio pliegue al rededor de la cintura y allí los nazarenos que portan los Salzillos llevan una surtida despensa: huevos duros, habas tiernas, “monas” de Pascua y caramelos. Los huevos duros sirven para que Dios ayude a mover sobre los hombros los quintales del “paso” que se mecen miedosamente por las calles estrechas, entre los balcones abarrotados. Las habas tiernas son para las bromas y el entretenimiento. Las “monas” son para un desayuno multiplicado, y los caramelos para dejar en las manos de las mozas dulces recuerdos, que son como un requiebro y para entretener el ayuno en quien hoy lo observe, que yo creo que nadie lo observa porque hoy la Madre Iglesia es indulgente con los murcianos.

Los nazarenos penitentes ocultan el rostro y llevan cruz a cuestras. Caminan despacio, alzando la cruz de madera sobre el hombro, en dos filas interminables. A los nazarenos penitentes se les conoce por los pies, descalzos o calzados con leves sandalias de

caminante. Hay pies pequeños blancos, y pies deformes y cansados, y pies que son como dos historias gemelas de una vida larga y triste, llena de fatigas y pesares, de luchas y caminos.

Con el triunfo de la aurora comienza el desfile. No se sabe cómo, pero los ocho “pasos” que preceden al de la Madre Dolorosa están ya en la calle, serpeando por la Murcia árabe y olorosa, cuando un rayo del sol baja por el pórtico de la iglesia, de modo que cuando la Madre Dolorosa aparece en la puerta y se detiene un momento bajo el arco, el rayo de sol desciende a sus mejillas y arranca brillos de las lágrimas fingidas que ruedan por la cara desde los ojos desolados.

Por estar en la plaza, delante de la iglesia, mirando el rostro de la Madre Dolorosa en ese momento, yo he devorado kilómetros y kilómetros. Si el Viernes Santo de algún año no he podido estar allí, un sobrecogimiento inexplicable me a asaltado en la madrugada y, cerrando los ojos con una devoción que no es sólo religiosa, he visto, repetida en las pupilas exactamente, aquella escena emocionante, aquel beso del so sobre las lágrimas de la Madre. Delante van el escorzo increíble de San Juan, y el talle de la Verónica, y el dolor gris y caminante del Nazareno, y el ángel asexuado y bellissimo, y el Cristo caído como un lirio tronchado, y todos los personajes de la Pasión que para esta luz, y para este cielo, y para esta mañana esculpió Francisco Salzillo.

¿Veis? Nadie como el escritor siente, a veces, la impotencia de las palabras. El escritor, como ningún otro ser, se encuentra de pronto mudo y atónito y sin lengua. Como yo ahora.

(Arriba. Madrid, 24 marzo 1967)